

tucionales, que se creían fundadores de la Constitución vigente y encargados de cumplirla. Y por un voto han ganado la batalla y han conducido á la Cámara alta un senador más que apoye las soluciones reaccionarias, en cuyo fondo truena siempre una revolución inminente. Y el plan es conocido: formar para la hora de la crisis suprema, para la disolución del Senado, un gobierno reaccionario que presida las futuras elecciones; conseguir, forzando más ó ménos la mano al cuerpo electoral, que vote una Cámara resuelta á restringir el sufragio popular y á traer la monarquía. Pero no comprenden todos cuantos de esa suerte piensan que, al restringir, después de treinta años de ejercicio, el sufragio universal, restringen realmente la soberanía de la nación, y al restringir la soberanía de la nación, desatan sobre nosotros las revoluciones. Luego la monarquía no es un principio metafísico y abstracto, sino un principio personal y dinástico. Cada dinastía cree tener sobre las demás dinastías un derecho superior, y esta competencia de derechos trae tarde ó temprano la guerra civil, con todos sus desastres. No puede olvidarse que la dinastía de Borbon es la dinastía de la legitimidad y de la historia; que la dinastía de Orleans es la dinastía de la revolución y del régimen doctrinario; que la dinastía de Bonaparte es la dinastía del

cesarismo y del sufragio universal, y que estas tres dinastías se excluyen con tanto exclusivismo entre sí, como excluyen todas á la República. Mientras tanto, el Gobierno republicano tiene el asentimiento de las clases populares; abre horizontes indefinidos á una juventud que suspira por el progreso pacífico; admite y consagra la soberanía de las naciones y el derecho que tienen de gobernarse á sí mismas; y evitando la revolución y su cortejo de irreparables males, realiza el progreso por una serie de evoluciones sucesivas, en las cuales nunca puede entrar el desorden ni la violencia, como que cumplen leyes naturales de la historia. Por consecuencia, todo ataque á la república es una complicidad con la revolución. Luego la monarquía no ha muerto de muerte artificial. Principio tan secular, expresión fiel de la idea de casta, no sucumbió de improviso; se descompuso por una serie de descomposiciones sucesivas, que deberíamos llamar verdaderamente providenciales. Y así como se ha descompuesto la antigua monarquía con la rota de los Bonapartes, se ha disuelto la antigua política ultramontana con la muerte de Pío IX. Ingerimos estos dos sucesos en las reflexiones sobre la política rusa, porque una República consolidada en Francia es una gran tentación para los revolucionarios rusos, y un Papa transigente en Roma,

una gran levadura para tanto pueblo católico y romano como hay en la raza eslava. El interes despertado por la muerte de Pío IX en todos los pueblos prueba que no se ha extinguido aún aquel espíritu universal por cuya virtud consumó Roma las tres obras más universales de la Historia: el Imperio, el Pontificado y el Renacimiento. Imaginaos que muere el obispo de las grandes ciudades europeas ó americanas, de París, de Toledo, de Viena, de Méjico. Pues interesa en primer grado á sus feligreses y á su gobierno. Muere el obispo de Roma, é interesa por igual á todas las naciones cristianas, aún á las herejes y cismáticas. No puede, no debe atribuirse tamaño privilegio á ninguna otra virtud, sino al prestigio de esa ciudad única, que con sus ideas, con sus instituciones, con sus leyes, ha formado casi el espíritu de la humanidad. Sus grandes rivales desaparecieron del planeta, y si algo de ellas queda, se reduce á restos encargados de demostrar cuánta fué su grandeza y es su estrago. Jerusalem, la ciudad de Dios; Aténas, la ciudad del hombre; Alejandría, la ciudad del Verbo; estas tres ciudades, que han elaborado las primeras ideas de que aún vive la conciencia humana, yacen, como grandes sepulcros destrozados, en medio de áridos desiertos. Pero la Ciudad Eterna, con sus lagunas pestilentes, que la envenenan; con sus restos destroza-

dos, que la gravan; con sus tres cordilleras de ruinas, que la abruman; en medio de las desolaciones y de los desiertos; sobre sus aras rotas, como los despojos de una batalla, y sus templos destrozados, como los restos de un naufragio; bajo su corona de cipreses, que le dan aires tan fúnebres; aunque parezca á primera vista el cementerio de los dioses caidos y de las ideas muertas, tiene aún tanta parte en la vida moderna como Lóndres ó como París, ademas del poder religioso y moral con que á todas vence y supera, pasmo y maravilla de la Historia. Así es que ha muerto Pío IX, obispo de Roma; y el telégrafo habrá llevado la noticia desde el estrecho de Behering hasta el estrecho de Magallánes, desde la Zelandia hasta el cabo de Buena Esperanza; y todos los pueblos se habrán agitado, y todos los gobiernos conmovido, y todas las iglesias enlutado, y todas las campanas plañido, y todas las inteligencias embargado, porque éste es el privilegio de Roma, convertir sus propios asuntos en asuntos interiores de los demas pueblos; durante el mundo antiguo, por su poder político y su derecho civil; durante el mundo moderno, por su religion y por sus pontífices.

Y no me digan que las ideas religiosas tienen escasa influencia en estos tiempos. Hay tantas

tendencias á lo sobrenatural en nuestra complecion, que, si desechamos la idealidad religiosa, en seguida viene, ó la magia, ó el espiritismo, ó cualquier otra tendencia extraña á llenar con su mitología el abismo que deja vacío la ausencia de lo infinito moral. Siempre recordaré lo sucedido en el siglo pasado á la mayor parte de sus incrédulos y de sus ateos, olvidados de un Sér como Dios, para atribuir virtudes sobrenaturales á un flúido como el magnetismo.

El hombre es social y es religioso. A satisfacer sus necesidades materiales contribuye todo el universo, y á satisfacer sus necesidades morales contribuye toda la inmensidad de ese cielo invisible que se llama el espíritu. Mortales por nuestra naturaleza, en el misterio de la muerte se encontrará siempre el misterio de la religion. Una tendencia incontrastable nos lleva á imaginar cómo nuestro sér no puede encerrarse todo entero en el puñado de cenizas que contiene un palmo de tierra y que disipa un soplo de aire. La aspiracion á la inmortalidad, que todos sentimos, no debe clasificarse entre las mentidas ilusiones, sino entre las necesidades eternas. A satisfacerla, en cuanto cabe, contribuye el sentimiento religioso, que no podréis suprimir miéntras no podais suprimir tambien la muerte. Se renovará como

todos los sentimientos se renuevan; cambiará de ideas y hasta de manifestacion, pero quedará en el fondo de la naturaleza humana como los instintos sociales, como las intuiciones artísticas, como el amor á la familia, como el Estado, como la ciencia. Y no cabe dudarlo: á manera que la antigua Grecia nos dió sistemas filosóficos imperecederos, dentro de los cuales vivirá el espíritu humano, como las ideas viven por fuerza dentro de una serie y de una clasificacion inevitable; á manera que la antigua Roma nos dió un conjunto de relaciones civiles en la esfera de la familia y en la esfera de la propiedad, que alteraréis, pero no cambiaréis; en aquel período singularísimo de la Historia, en que la raza semítica y la raza aria se unian; en que Aténas y Roma se comunicaban por la conquista, y Jerusalem y Alejandría por el comercio; en que el mesianismo judío pasaba á los mismos pueblos paganos, y la idea griega del Verbo, del Logos, á los mismos pueblos judíos; el cristianismo trajo ideas y principios que serán eterna base de toda concepcion religiosa en toda la sucesion de los siglos. Nosotros nos llamamos indiferentes, y la muerte de Pío IX ha conmovido al mundo, como no conmovió en ningun otro tiempo la muerte de tantos y tan ilustres pontífices.

El Papa nunca gozó de excelente salud. Siendo niño, cayó en el estanque de los jardines que rodeaban su casa señorial de Sinigaglia, y estuvo á punto de ahogarse. El celo de fidelísimo criado le arrancó á una muerte cierta, para dejarlo caer en una epilepsia continúa. A estos ataques epilépticos se debió que, en vez de las armas, á las cuales su primera vocacion le llamaba, escogiera los hábitos religiosos y se consagrara á la Iglesia. Delicado, sensible, nerviosísimo, sujeto á accidentes graves por los cambios de temperatura, y á exaltaciones frecuentísimas por los sucesos políticos, la fuerte familia á que ha pertenecido, y en la cual se vincula como una herencia esa longevidad tan explotada por los neo-católicos y tan explicada por la moderna fisiología; esa fuerte familia, decia, le ha dado una constitucion con la cual ha conseguido naturalmente contar dias de pontificado mucho más largos que los dias mismos de San Pedro. Pero hace ya años que una fuerte hinchazon á las piernas le tenía enfermo y con frecuencia postrado. El desahogo que algunas llagas abiertas continuamente le daban servia á la conservacion de su vida. El papa Pío ha sido en sus últimos momentos mejor asistido que lo fué el papa Gregorio XVI, el cual murió en el mayor abandono; de tal suerte, que al llevarle

los sacramentos de la Iglesia, habia pasado casi de esta vida. En la mañana de su muerte quiso Pío levantarse, y faltándole por completo las fuerzas, hubo necesidad de acostarlo. Cerradas herméticamente las llagas, subiéronsele á los pulmones y á la garganta humores que le ahogaban. Bien al revés de Gregorio XVI, que habia prohibido hablar de su muerte, Pío IX le hablaba á todo el mundo, con la mayor tranquilidad, de este supremo é inevitable trance. La muerte de su personal amigo Mr. Thiers le conmovió profundamente este otoño, y mucho más la muerte de Víctor Manuel, á quien profesaba particular afecto. Así es que, al presentarse el médico poco ántes de su agonía, leyó en su mirada que no le quedaba ninguna esperanza de vida. Pidió en seguida los sacramentos, y los recibió con su acendrado fervor. Hizo que le llevarán cerca de los labios y de los ojos un crucifijo de marfil, para decirle, en el momento supremo en que la luz de su mirada, tan viva, se extinguía, y el eco de su voz, tan argentina, se apagaba, que habia servido con toda su alma y con todas sus fuerzas á la Iglesia. Despues aguardó la muerte con verdadera entereza. Y al caer la tarde del dia 7 de Febrero cayó su alma en la eternidad. El cardenal Camarlengo, Pecci, llamó á la puerta de su habitacion particular con

un martillo de bronce. Entrado en el aposento, llamó á la frente del Pontífice finado con un martillo de plata. Volviéndose luégo á los asistentes, les comunicó que Pío IX habia muerto; y arrojándose á los piés de su lecho, recitó las oraciones de rúbrica, y entregó en seguida el cadáver á los embalsamadores.

CONSECUENCIAS

DEL

TRATADO DIPLOMATICO DE BERLIN.

Los plenipotenciarios de Berlin concluirán tarde ó temprano por convertir esta tierra europea, cuna y escena de la libertad, en mísera sucursal de esa inmensa Asia, cuna y escena del despotismo. Desde que los griegos dieron al hombre el culto, prestado ántes por la mayoría de los asiáticos á los animales; desde que reemplazaron los vastos imperios con las diminutas repúblicas, y recogieron los rayos del calor de la vida, no en palacios, sino en ciudades, parecia principio adquirido por el mundo que todo interes capital, como toda cultura verdadera, debia concentrarse en este nuestro continente, habitacion predilecta del humano espíritu. Pero, digámoslo con claridad, por una desventura inexplicable, los germanos, los que se llamaban á sí mismos únicos europeos, los miembros por excelencia de la raza aria, los